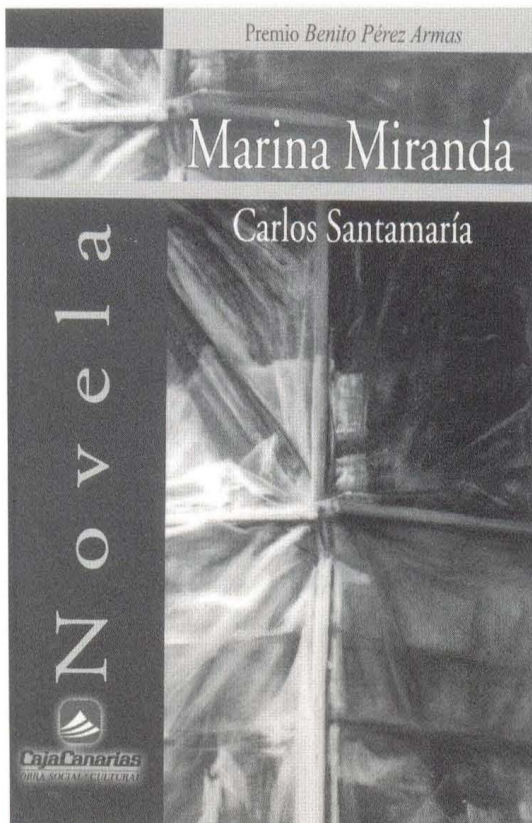


# MARINA MIRANDA Y COMPAÑÍA

RESEÑAS

ERNESTO SUÁREZ



Preguntas tales como “cuéntame algo de la novela” o el más impreciso “¿de qué va?” no hacen sino ponernos ante la difícil tesitura de honrar una tácita alianza entre lectores por la cual, bajo ningún concepto, debemos contar aspectos fundamentales de la obra recomendada y, mucho menos, su final. Se trata de animar a la lectura sin destruir la sorpresa que supone adentrarse en las páginas de un texto desconocido. En esta circunstancia lo habitual es empezar de una manera semejante a “la novela trata de la desaparición de una novelista” o, quizás, algo como “la novela cuenta la historia o la vida o la muerte de fulano de tal que fue en realidad quien ideó la vida de la novelista...” y continuaría más o menos así “Cuenta la historia David Merchante, un chapero que vivió con la novelista pero que realmente fue quien...”.

Asumido pues el trato, si alguien preguntara de qué va *Marina Miranda*, de Carlos Santamaría, último Premio Benito Pérez Armas y que ahora edita Edición KA y Cajacanarias, yo debería contestar algo así como: la novela *Marina Miranda* cuenta la historia de una novelista de gran éxito, Marina Miranda,

que aparece muerta en una playa. Pero en realidad Marina Miranda es un seudónimo. Sin embargo, es un seudónimo que no corresponde a una persona sola sino a muchas que, ni siquiera se conocen entre sí. La novela es en realidad la historia de cómo un sinvergüenza participa en un montaje editorial para vender libros escritos por diferentes autores bajo una misma firma, Marina Miranda.

De esta manera, podría cumplir con el pacto. No obstante, tampoco habría dicho realmente nada verdadero de la novela. Hay muchas formas de empezar a leer una novela. Hay quien empieza a leer la novela por el principio, por su primera página. En el caso que nos ocupa, la primera página de la novela *Marina Miranda* reproduce una pequeña nota de prensa que, básicamente, responde a lo ya dicho. Por el contrario, hay quien empieza las novelas por donde se debe empezar –toda vez si queremos conocer realmente de qué va la historia, es decir, asumiendo que toda narración en realidad es un puzzle que el escritor monta poco a poco en los capítulos sucesivos hasta dar una imagen total, única y plena de lo que ha querido contarnos–.

Si ustedes fueran directamente a las últimas páginas de Marina Miranda, dirían aquello que también ya fue comentado, me refiero a lo del montaje –o proyecto– literario “Marina Miranda”, un truculento complot editorial en el que participan media docena de personajes que llevan hasta tal extremo su patibularia intriga que terminan provocando un verdadero asesinato, crimen al que le corresponde, como no podía ser de otra manera, un verdadero asesino y su verdadera víctima. Claro que ni víctima ni asesino tienen en realidad que ver con Marina Miranda. Sin embargo, ese aparente final de la historia no está contado por el mismo personaje que nos ha desvelado el resto de la novela que precede a estas páginas. Si en cuatro capítulos, el narrador que cuenta en primera persona los hechos no es el mismo narrador que, también en primera persona, finaliza la historia, cabalmente ¿a qué carta debemos jugar cuando queremos contar de qué va la novela *Marina Miranda*? Y, además contarla –recuerden el pacto– sin descubrir nunca la verdadera culminación de la narración. Pero y a todas estas ¿entonces, cuál es el principio y el final de *Marina Miranda*? Me refiero tanto a la novela *Marina Miranda* como a la protagonista Marina Miranda.





Quizás en este punto sea necesario recapitular. Para ello conviene hacer caso a quien nos ha contado buena parte de los hechos narrados: *Ya he dicho que Marina Miranda no se llamaba así cuando nos conocimos. Podemos considerarlo un nombre artístico —o un seudónimo, que suena más apropiado en el mundo literario, y que es más radical, porque junto al nombre, suele ocultar la imagen y todas las señas de identidad. En aquel momento, como componiendo una paradoja que no habría de ser la única de nuestra relación, yo me hice llamar Marina Miranda. Al principio Marina; Marina sólo, a secas.*

La novela entonces como un continuo juego de identidades. Suplantación, mentiras, arbitrariedad en la asignación de nombre, ese eje de la identidad personal. O de nuevo en palabras del narrador principal de la historia: *Cuando yo me encontré con el primer atisbo de Marina Miranda, ella o él era un ser humano. El problema, y una de las cosas, no la más importante, que hace que esta narración se complique, es que en aquel entonces ella o él no era Marina Miranda. Quiero decir que no era todavía Marina Miranda, porque eso vendría después. Y tampoco fue el mismo ser humano concreto el que hizo siempre el papel de Marina Miranda. En todo caso, para no perder demasiado tiempo con las formalidades y las presentaciones, voy a hablar de momento de Marina Miranda en femenino singular, y voy a hablar de ella como una persona. Creo que es adecuado para los hechos que voy a describir inmediatamente.*

En un texto sobre *Sostiene Pereira*, Enrique Vila-Matas se refería a la justificación que el propio Antonio Tabucchi daba respecto al nombre de su protagonista: había sido literariamente empujado a ese nombre por la mano de T. S. Eliot y una de sus piezas teatrales titulada *¿Qué fue de Pereira?*, en la que dos mujeres hablan de un portugués del que no se sabrá nada más. Además, Vila-Matas recogía esta cita del *Ulises* de Joyce: “¿Qué hay en un nombre? Es lo que nos preguntamos cuando somos niños al escribir este nombre que se nos ha dicho que es el nuestro”.

Con los hechos que narra y su responsabilidad sobre los mismos, las voces protagónicas de esta primera y excelente novela de Carlos Santamaría responden radicalmente a esa pregunta pareciendo decir: en un nombre lo que hay es nada, vacío y mentira. O, mejor, multiplicidad y cambio, frivolidad. Esa marca verbal que nos designa es apenas un peso sin sustancia. Sólo nos sirve;

nos resulta útil. Por eso nos mantenemos apegados a ella; por eso y por el miedo. Tras la identidad, lo que se esconde es el miedo a desprendernos de ese peso en el que hemos creído hallar a nuestro ser. Y más aún, todo ejercicio de lenguaje que asigna nombres –y, por ende, buena parte de la literatura– no es más que un puro quehacer ventajosamente lucrativo en nuestra relación con el mundo y las otras personas.

¿Una idea demasiado perturbadora para los bienpensantes?. Casi con seguridad. De ahí que quien narra la falsa historia de esa Marina Miranda inexistente no pueda ser sino un arribista en esta sociedad de buenas costumbres públicas y privados vicios. Claro lo dice su padre nada más comenzar el relato –y los padres y madres según parece no mienten–: “Tú, hijo mío, eres un sinvergüenza; y más vale que nos terminemos de convencer los dos de esta realidad. Nunca trates de oponerte a ella porque entonces terminarás siendo un desgraciado como tu madre que en paz descansa. Procura no traicionar nunca tus talentos naturales: tú sirves para ladrón o para chulo, pero no para oficinista o maestro de escuela”.

Esta Marina Miranda que nos presenta Carlos Santamaría tiene el aire de familia de las figuras que ya viven en otras excelentes primeras novelas españolas de reciente factura, como las firmadas por Pablo Tusset o Antonio Orejudo, por no señalar aquel magnífico personaje que diera vida, en obras como *El misterio de la cripta embrujada*, Eduardo Mendoza. Cargadas de una ironía demoledora y asentadas en un extremado dominio del lenguaje narrativo, las páginas de la novela de Santamaría no dejarán indiferente a lector alguno. Cínica e irreverente con cualquier tipo de poder instituido –legal, intelectual, académico, profesional, editorial o literario, lo mismo da– Marina Miranda, y todos los personajes que transitan y usan ese nombre, resulta una más que aventajada descendiente del aquel insigne pícaro del Tormes. Marina Miranda, sea quien sea, es chanchullera y negocianta, vividora de anónima identidad, que simplemente nos viene a decir soy igual que cualquiera y cualquiera puede ser yo misma.

Ser ese nombre que somos todos porque lo utilizamos simplemente como algo para nuestro beneficio; sin escrúpulos, sin compasión. Ser muchos y a la vez nadie, globalizar nuestra identidad como buena y eficiente transnacional para poder desembarazarnos de lo que ya no nos sea útil. Claro que no hay de qué preocuparse. No se pongan nerviosos, estén tranquilos; sigo hablando simplemente de una novela y de su personaje central. Recuerden, se llama Marina Miranda ¿O es que están pensando en alguien distinto?